

LA OBEDIENCIA RELIGIOSA

“Sí, la obediencia vale más que los sacrificios.”

(1 Sam 15, 22)

H. Yannick HOUSSAY
Superior General

HERMANOS MENESIANOS

Septiembre, 2015

Circular 311

INTRODUCCIÓN	5
UN ÚNICO VOTO.	9
1. Elección del Voto de Obediencia.	9
2. Importancia del vínculo de la obediencia.	11
a. El proyecto de los fundadores.	11
b. El carácter central de la obediencia religiosa.	14
LA OBEDIENCIA, CAMINO DEL CARISMA.	19
1. La obediencia y la misión.	20
2. La obediencia y la Comunidad.	24
LA OBEDIENCIA, CAMINO DE SANTIDAD.	31
1. Poner nuestra confianza en la Providencia.	31
2. Escuchar la Palabra de Dios.	34
3. Someter la voluntad a las mediaciones humanas.	37
4. Discernir juntos el querer de Dios.	42
5. Obedecemos al Señor.	46
CONCLUSIÓN	53
MARIA, modelo de docilidad al Espíritu Santo.	53

“Acostúmbrate, sobre todo, a sentir la necesidad de la obediencia interior, y de la sumisión de espíritu y de corazón, sin las cuales la obediencia exterior no valdría nada.”

(Juan M^a de la Mennais
a la señorita A. Chenu.)

“Un abandono total de sí mismo y de la propia voluntad es la cualidad esencial de un religioso.”

(Juan M^a de la Mennais,
al H. Polycarpe, 1836.)

INTRODUCCIÓN

En este año de la Vida Consagrada, me gustaría traer a consideración en esta Circular una dimensión esencial de nuestra vocación de Hermano: la de la obediencia religiosa.¹ Sabemos hasta qué punto nuestro P. Fundador apreciaba esta obediencia, que él mismo se había puesto como regla de conducta. Juan M^a escribía a Mons. de Lesquen en 1834 cuando estaba pasando por una de sus pruebas más duras: *“Con la gracia de Dios, no me apartaré jamás de los caminos de la obediencia.”* A lo largo de toda su vida dio testimonio de fidelidad a la Iglesia, y hasta podemos añadir *“de sumisión”*, utilizando esta palabra, que hoy es difícil de pronunciar, pero por la que él experimentaba la radicalidad que quería dar a su deseo profundo de hacer la voluntad de Dios.

¹ El tema elegido en el nº 4 de ‘Estudios La Mennais’ puede servir de introducción a esta circular. ‘Estudios La Mennais’ va dirigido a los Hermanos y a los Laicos. En esta Circular trataremos el Voto de Obediencia como camino para hacer la voluntad de Dios para nosotros, religiosos.

Nuestro Padre Fundador, se une aquí a la tradición de quienes han señalado el camino de la Vida Religiosa en la Iglesia a lo largo de los siglos. En la Regla de S. Benito, por ejemplo, leemos: “Esta divina exhortación que te dirijo ahora, a ti que, renunciando a tu propia voluntad para militar a las órdenes del verdadero Rey, nuestro Señor Jesucristo, tomas en tus manos las poderosas y gloriosas armas de la Obediencia.”²

Quisiera examinar este Voto de Obediencia al que prestamos juramento el día de nuestra profesión, junto con el de Castidad y el de Pobreza. Para un joven, no es fácil pronunciar el voto de Celibato consagrado, ya lo sabemos. Hoy parece que se puede probar todo, sin considerar nada definitivo. El compromiso del matrimonio también entraña sus problemas. ¿Cómo pueden comprometerse, ambos, para toda la vida y tomar la decisión de no romper jamás este vínculo que los jóvenes recién casados contraen? ¿Es posible comprender mejor el voto de pobreza? Ponerse al servicio de los pobres y para ello compartir su vida, puede atraer la generosidad de los jóvenes. No obstante, ¿hace falta para eso hacer voto de no poseer nada propio, de compartir todo con los Hermanos, que uno ni ha elegido y hacerlo durante toda la vida? Este paso es difícil de dar si no acogemos con amor a Cristo, que sale al encuentro de cada uno. Si Él no transforma el corazón del hombre ¿cómo puede uno pensar en adoptar semejante estilo de vida?

Con el Voto de Obediencia estamos casi en el polo opuesto de todo lo que proponen las diferentes culturas. Entonces, ¿qué hacer con la tendencia actual de hacer de la libertad individual la regla de vida, sin saber muy bien cuáles son los límites

² CIVCSVA, El servicio de la autoridad y la obediencia, nº 9, 2008.

y qué visión del hombre promete esta tendencia? ¿Cómo se puede entender que alguien se comprometa por voto a ligarse a una institución que se presenta como portavoz de la voluntad de Dios? El voto de Castidad marca el vínculo único que une la persona a su creador; el voto de Pobreza expresa la voluntad de no reconocer otra riqueza que Dios Solo; ¿hace falta además hacer Voto de Obediencia para saber cuál es la voluntad de Dios sobre uno mismo? Trataremos de dar respuesta a esta pregunta fundamental.

Antes de ir más lejos sería bueno recordar que este Voto de Obediencia está revestido de un sentido peculiar para nosotros, los Hermanos. Efectivamente, era el único que se pronunciaba en los comienzos de nuestra historia común. Así que puede ser muy ilustrativo volver a nuestros orígenes para entender mejor su sentido. Más que ninguno de los otros dos, nos invita a descubrir de nuevo las intenciones de nuestros Fundadores y de los primeros Hermanos. Haciéndolo, entraremos en el corazón de nuestra vocación y de nuestro carisma, comprenderemos mejor cuál es la llamada que el Señor nos hace. Como Hermanos que somos, tenemos que tratar de descubrir cada vez más la belleza de este voto único que el P. la Mennais nos pedía que pronunciáramos. Veremos así, cómo nos va introduciendo poco a poco y cada vez con más alegría y libertad, en el mundo de nuestro carisma de servicio a la Iglesia y al mundo.

Responderemos así a lo que nos pide el Papa Francisco en la Carta de Introducción al Año de la Vida Consagrada: *“Volver la mirada a la propia historia es indispensable para mantener viva la identidad y fortalecer la unidad de la familia y el sentido de pertenencia de sus miembros. No se trata de hacer arqueología o cultivar inútiles nostalgias, sino de recorrer el camino de las*

generaciones pasadas para descubrir, de nuevo, en él la chispa inspiradora, los ideales, los proyectos, los valores que las han impulsado, partiendo de los Fundadores y Fundadoras y de las primeras comunidades. También es una manera de tomar conciencia de cómo se ha vivido el carisma a través de los tiempos, la creatividad que ha desplegado, las dificultades que ha tenido que afrontar y cómo fueron superadas. Se podrán descubrir incoherencias, fruto de la debilidad humana y a veces hasta el olvido de algunos aspectos esenciales del carisma. Todo es instructivo y se convierte a la vez en una llamada a la conversión. Recorrer la propia historia es alabar a Dios y darle gracias por todos sus dones.”

Vamos a examinar cómo la elección de este único voto ha marcado a la Congregación desde sus orígenes. Veremos brevemente luego la luz específica que proyecta sobre nuestro carisma. Trataremos, finalmente, de resaltar las actitudes interiores que este compromiso presupone en cada uno de nosotros para que produzcan los frutos esperados.

A lo largo de este recorrido, haremos también referencia al servicio de la autoridad y a que *“en la búsqueda de hacer la voluntad de Dios, autoridad y obediencia no son dos realidades diferentes y menos aún contrapuestas, sino dos dimensiones de la misma realidad evangélica,... dos formas complementarias de participar en la misma ofrenda de Cristo. Autoridad y obediencia se encuentran personificadas en Jesús,... La Vida Consagrada quiere, sencillamente, vivir Su autoridad y Su obediencia.”*³

³ *El servicio de la autoridad y la obediencia*, nº 12.

1

UN ÚNICO VOTO.

1. Elección del Voto de Obediencia.

El hecho de que los primeros Hermanos pronunciaran únicamente el Voto de Obediencia, reviste para nuestra Congregación un sentido que vamos a examinar para entender mejor la llamada que el Espíritu nos hace. El Padre la Mennais ha dudado. Sin duda ha consultado sobre ello con el Padre Gabriel Deshayes. Lo que podemos decir es que se han puesto de acuerdo sobre el Voto de Obediencia. Da cuenta de ello un documento que data de 1823, escrito de puño y letra de Juan María, en el que encontramos que: *“Los Hermanos hacen los tres votos de Castidad, de Pobreza y de Obediencia,...”* Inmediatamente lo tacha. Y escribe encima: *“Hacen solamente el voto de Obediencia,...”*

Por su parte, sin embargo, las Hijas de la Providencia de Saint-Brieuc, desde su fundación han pronunciado los tres votos. Varios años más tarde, también el P. Gabriel Deshayes pedirá a los Hermanos de S. Gabriel que pronuncien los tres votos.

A los Hermanos de la Instrucción Cristiana, al contrario, se les pedirá que pronuncien un solo voto. ¿Sería para unirse al proyecto de S. Juan Bautista de la Salle? Podemos pensarlo, porque los Estatutos de la Congregación, desde los primeros renglones, hacen continuas alusiones a los Hermanos de las Escuelas Cristianas: *“Los Hermanos de la Instrucción Cristiana, como los Hermanos de las Escuelas Cristianas,...”* Sea como fuere, este voto único no careció de importancia, ya que esta tradición iba a perdurar no sólo mientras vivió el Fundador, sino hasta 1890. En esta fecha, efectivamente, el Capítulo General decidió la implantación de los tres votos. De esta manera el Instituto podía ser reconocido como Congregación Religiosa en conformidad con las Disposiciones del Derecho Canónico.

No nos vamos a detener en las razones que han impulsado a nuestros Fundadores a hacer esta elección⁴. Nos dedicaremos, más bien, a analizar la repercusión sobre el estilo de “gobierno” que ha surgido de ello y, como consecuencia, su influencia sobre el propio carisma. Éste es, efectivamente, la expresión de un don del Espíritu al mundo, de una vida que se entrega. Los medios elegidos por el o los Fundadores bajo la inspiración del Espíritu Santo, son los que definen los detalles. Por eso, cuando hablamos de carisma traemos a la vez a nuestra mente, tanto las relaciones entre los Hermanos y las prácticas diarias de la Vida Comunitaria como la manera de vivir la misión específica de la Congregación, la expresión de la oración comunitaria y los

⁴ Cf. ‘Études Mennaisiennes’ nº 5 del H. Paul Cueff: “El Instituto de los Hermanos de la Instrucción Cristiana de Ploërmel, los orígenes (1816-1820). El H. Albert Côté ha investigado también este período en un trabajo titulado: “Nuestros Fundadores, investigación sobre su relación desde 1816 a 1841”. (Archivos HIC, La Prairie, 2009).

diferentes acentos de la espiritualidad, todo ello expresado a través de un conjunto de reglas que no constituyen una definición abstracta, sino que definen en su totalidad un estilo de vida evangélica.

2. Importancia del vínculo de la obediencia.

Ahora nos vamos a parar a analizar cómo ha condicionado esta decisión los comienzos de nuestra Congregación y en qué ha contribuido a darle el semblante que hoy en día tiene.

a. El proyecto de los fundadores.

¿Qué buscaban Juan María de la Mennais y Gabriel Deshayes cuando firmaron el Tratado de Unión el 6 de junio de 1819? La respuesta la encontramos en el propio texto: *“Proporcionar a los niños de los pueblos, en particular a los de Bretaña, maestros sólidamente piadosos...”* Consideraron que el sólo voto de obediencia proporcionaría las garantías suficientes y permitiría formar estos *“cuerpos”* de gente joven celosa y fervorosa. El objetivo parecía logrado: organizar una comunidad de hombres unidos a Dios Solo y unidos entre ellos por una sumisión completa a la voluntad de sus Fundadores y de sus Superiores.

Sólo con ese voto los Hermanos quedaban a entera disposición de su *“buen Padre”* para ir donde él dispusiera enviarles. Ellos discernían la voluntad de Dios sobre cada uno de sus jóvenes y sobre los *“cuerpos”* que formaban. Se les pedía esta disponibilidad en nombre del Señor. Era un requisito fundamental de la intuición fundacional que alumbró nuestro Instituto. La urgencia de la misión exigía esta disponibilidad sin fisuras. Juan M^a de la Mennais no dudaría más adelante, en proponer a los Hermanos ir *“allende los mares”*, a tierras extranjeras, para

responder a lo que él sentía como una llamada del Espíritu leída a través de los acontecimientos. Al principio contaba con los voluntarios de entre los que él elegía luego a los que enviaría, pero posteriormente decidió que debían estar todos dispuestos a este envío desde su entrada en el Instituto. Exigía con ello a sus Hermanos el sacrificio total de sus vidas y de su voluntad propia para entrar en la voluntad del superior, que expresaba, en términos de fe, la voluntad de Dios. Juan M^a contaba, con verdadera ternura, con su generosidad. Era el primero en maravillarse al ver partir a estos hijos suyos con tanta generosidad. Luego les acompañaba con sus consejos y con su cercanía paternal.

La importancia que revestía este voto de obediencia no restaba en nada importancia a las exigencias de la pobreza ni al compromiso del celibato. En realidad los Hermanos vivían los tres votos, aunque sólo pronunciasen uno. El H. Augustin, refiriéndose al primer Retiro de 1820 en Auray, escribía: *“Aunque los Hermanos no hiciesen en este Retiro más que el Voto de Obediencia, se despojaban, sin embargo, de todo lo que pudieran poseer, como pudiera ser el dinero y a nadie le parecía mal.”*⁵ Los Hermanos tenían que vivir una vida religiosa auténtica, sin otros compromisos de por medio y esforzarse en seguir a Cristo compartiendo con Él la ofrenda total de su vida: *“Sigue luchando con valentía por la santa causa de Jesucristo, yendo en pos de Él mediante la práctica de la perfecta obediencia y del completo desprendimiento de todas las cosas de la tierra, de esta generosa virtud de la pobreza que el divino maestro ha abrazado de una manera especial durante su vida mortal.”*⁶ El

⁵ Cf. ‘Études Mennaisiennes’ nº 5 pp. 64 y siguientes.

⁶ Juan M^a de la Mennais - VII 5374.

hecho de no haber pronunciado el Voto de Pobreza, ofrecía mayor agilidad para llevar a la práctica una economía totalmente consagrada a la obra educativa. Vemos, por ejemplo, el caso de Hermanos que ponían sus bienes al servicio de una escuela. El vínculo de la obediencia al superior era lo único que garantizaba al Hermano la legitimidad de estas prácticas dentro del marco de una vida real de pobreza.

El voto único de obediencia manifiesta de una manera clara la voluntad del Fundador de crear “cuerpos” de *“maestros sólidamente piadosos”* para la misión educativa que, a sus ojos, revestía una urgencia absoluta. Obedecer a la Regla y obedecer a los superiores, ése era el camino que les proponía el P. de la Mennais. Les invitaba a *“santificarse haciendo santos”*, es decir, educando a los niños y a los jóvenes llevándoles a Cristo con el ejemplo de sus vidas. Quería hombres totalmente disponibles, que mostrasen, no su propia persona, sino la de Cristo. Quería inculcarles la convicción de que no era una obra suya sino una obra del Señor.

El Hermano no es más que un humilde servidor del Señor en medio de los niños. No le importa que le manden a un sitio o a otro, no le importa dedicarse a esta o a aquella tarea. Lo que le importa es trabajar en la obra de Dios. Juan M^a quería, para hacer frente a esta exigente misión, que los Hermanos estuvieran llenos de libertad interior. Deseaba vivamente que su única alegría residiera en no buscar más que lo que Dios quiere. Estaba convencido de que sólo tales hombres, completamente consagrados a la educación de los niños y haciendo todo por Dios Solo, podían responder a la urgente necesidad de la fundación de escuelas verdaderamente cristianas, fundamento de una sociedad renovada por el Espíritu de Cristo. Éste era el proyecto

de Juan M^a de la Mennais cuando tuvo, junto con Gabriel Deshayes, la intuición de esta nueva fundación.

b. El carácter central de la obediencia religiosa.

Una de las consecuencias principales del voto único de obediencia, fue establecer entre los Hermanos y su Fundador un vínculo filial determinante. Para estos jóvenes desbordantes de generosidad, él era el padre al que poder abrir su corazón con plena confianza, sobre quien descansaban, el que representaba a la Providencia y en cuyas manos podían abandonarse por completo.

Cuando obedecían a lo que les mandaba su fundador y superior, la convicción de estar llevando a cabo la voluntad de Dios era total. Ninguna duda podía quebrantar su celo. Para ellos, una cosa era segura: Dios les quería allí donde su superior les enviaba. Para vivir su vocación, sólo tenían que adentrarse en la voluntad de su “padre bueno”, quien, a sus ojos, expresaba la voluntad de Dios para ellos. Las innumerables cartas que recibían de él son un elocuente testimonio. A través de ellas, Juan M^a de la Mennais no cesaba de invitarles a abandonarse totalmente con el fin de vivir la paz y la verdadera libertad. *“Abandonándote sin reserva a tus superiores, vas a estar seguro de hacer siempre la voluntad de Dios y de estar dentro de los designios de la Providencia: ¿qué más podías desear? Querido hijo mío, si no albergas otros sentimientos diferentes ¡qué paz y qué felicidad vas a sentir! Así se lo pido a Dios por ti,...”* le escribía, por ejemplo, al H. Ambroise en 1831.

El P. de la Mennais esperaba de ellos una obediencia radical y completa. Pero no quería que fuera ‘de esclavo’. Quería que fuera adulta, es decir que brotara de un corazón consagrado

totalmente y no dividido, pacificado y no lleno de inquietudes. Estaba atento a que cada uno fuera auténtico en su adhesión a la voluntad de Dios. Ponía en guardia a los Hermanos contra una aceptación de fachada que ocultase un corazón contrariado y descontento. *“El que obedece exteriormente, pero no somete su voluntad en lo más íntimo de sí, que murmura en secreto contra su director, no es un verdadero religioso”* le parecía importante comentarles a los Hermanos de las Antillas.

Tratándose de la Regla, el P. de la Mennais pedía también una obediencia sin fisuras. Ya lo resalta en la edición de 1825: *“Considerad la Regla como una expresión de la voluntad de Dios y su estricta observancia, como el medio más seguro de agradarle y de santificaros.”* No basta con cumplirla de manera puramente exterior. Para el Fundador, la Regla no es una lista de cosas que hay que hacer, sino la expresión de una vida impregnada de Evangelio. Necesitará toda su sabiduría para que los Hermanos mantengan el rumbo hacia la generosidad y hacia el fervor, el rumbo de una obediencia auténtica, que libera y que abre el corazón y la inteligencia. Sus cartas ponen de manifiesto hasta qué punto se vuelve dura la pelea y que no es fácil despojarse completamente de sí mismo. Nos hará mucho bien leer hoy algunos fragmentos de las cartas enviadas por Juan M^a de la Mennais a sus Hermanos. Nos van a ayudar a responder a nuestra propia vocación hoy. Nos invitan a “obedecer” a nuestra Regla de Vida con el mismo espíritu que nuestros primeros Hermanos:

“Mira a ver si puedes curar al H. Jean-Marie de su presunción,..., dile que la obediencia religiosa consiste más en someter su espíritu que las propias acciones...;

No estás obligado solamente a una obediencia de hechos, sino a una obediencia de espíritu y de corazón...;

No te preocupes de los proyectos de cambio de establecimiento, en ningún lugar vas a estar más seguro que donde te mande la obediencia...;

Piensa que tu superior es tu padre...;

Todo lo que sufres se debe a que careces de abandono a la voluntad de Dios y a los superiores que Él te ha dado...;

Un superior tiene siempre derecho al respeto y a la obediencia, no sólo exterior sino a una obediencia de espíritu, incluso cuando fuesen manifiestos en él defectos o equivocaciones, porque no se obedece al hombre sino a Dios en él...;

Sé humilde, dócil, paciente y tendrás paz y serás bendecido por Dios...;

No debe importarte nada que te coloquen aquí o allá, solo o con otros Hermanos, siempre que estés donde Dios quiere que estés y ¿no es la obediencia la que te lo indica? ...;

Vive día a día, sin hacer demasiadas previsiones y sin querer nunca nada diferente de lo que Dios quiere, haciendo lo que tus superiores te mandan...;

Te recomiendo que te ejercites más que nunca en la práctica habitual de las dos principales virtudes de estado: la obediencia y la humildad...”⁷

De esta manera, cada uno de los primeros Hermanos, tanto si estaban solos en una escuela como si trabajaban con otros cohermanos cumpliendo su misión, estaban fundamentalmente unidos con su superior y a través de él, con los demás Hermanos. Nunca debía considerarse propietario de su misión, de su

⁷ Extractos de cartas del P. la Mennais a los Hermanos, sacados de “*Le Père de la Mennais m’interpelle*”, pp. 14, 57-60.

escuela. Era siempre un “enviado” de otro y con otros. Estaba siempre “en misión”. En esa misión, confiada a él siempre por el Señor, se le llamaba a desarrollar sus talentos y a demostrar creatividad. Pero tenía siempre que rendir cuentas a quien le había enviado. ¡Nunca “iba por libre”! De esta manera se le invitaba siempre a salir de la estrechez de su “yo” para entrar en la perspectiva del “otro”.

El voto de obediencia va formando un corazón comunitario en donde, cada uno, completa lo que el otro no puede hacer. El cuerpo entero es misionero y el que desarrolla todas las potencialidades del carisma. Vivido con un espíritu de fe, de caridad, de pobreza y de humildad, este voto nos abre a una generosa y total ofrenda de nosotros mismos para formar un “*cuerpo*” solidario al servicio del carisma del Instituto. Cada cual aporta al “*cuerpo*” sus propios talentos destinados a la misión; todos son acogidos con sus valías personales; todos están dispuestos a poner su grano de arena, según la voluntad de Dios expresada por el superior. “*Dios ha colocado a cada miembro en el cuerpo, como ha tenido a bien*” (1 Co 12, 18). Podríamos decir: “*Sí, la obediencia vale más que los sacrificios*” (1 Sa 15, 22).

En misión para servir.

“Gracias a la obediencia, tenemos la certeza de servir al Señor, de ser siervos y siervas del Señor en la acción y en el sufrimiento. Tal certeza es fuente de compromiso incondicional, de fidelidad a toda prueba, de serenidad interior, del servicio desinteresado, de entrega de las mejores energías. El que obedece tiene la garantía de estar ciertamente en misión, siguiendo al Señor y no obrando según sus caprichos o sus aspiraciones. Así es posible sentirse conducido por el Espíritu del Señor y sostenido por su mano firme, incluso en medio de las grandes dificultades.” (S. Ignacio de Loyola)

El Servicio de la autoridad y la obediencia, n° 24.

Las Constituciones.

“Las Constituciones no pueden quedarse en un mero texto externo al religioso que tiene obligación de cumplir, tiene que ser una realidad viva, escrita en su corazón para que pueda vivirlas como expresión y realización de sí mismo.”

Arnaldo Pigna, Comenzar desde Cristo: Introducción a la espiritualidad de los votos, EDB, p. 223.

2

LA OBEDIENCIA, CAMINO DEL CARISMA.

“La obediencia forma parte de la nueva alianza, más aún, es su característica distintiva.”⁸ ¡Porque la obediencia es la escucha de la Palabra que salva! *“Pondré mis leyes en sus pensamientos; las grabaré en su corazón. Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo.”* (He 8, 10) Dios nos ha hecho capaces de escuchar su palabra y de adherirnos a ella por un “sí” voluntario y libre. Nos llama a ser hijos que se dejan instruir. Y si sabemos escucharle hasta entrar en sus designios, seremos capaces de dar la única respuesta que espera de nosotros: *“¡Aquí estoy Señor para hacer tu voluntad!”* (He 10, 7).

Usando una expresión del Papa Francisco⁹ podemos afirmar que, no sólo somos una misión aquí en la tierra, somos un “sí” a

⁸ *El servicio de la autoridad y la obediencia*, nº 6.

⁹ Exhortación *“La alegría del Evangelio”*, nº 273

Dios y por ello somos una obediencia al Padre, como Jesús que, en todo, buscó hacer Su voluntad. Su alimento era hacer la voluntad del Padre. Así que la obediencia es, en verdad, la característica distintiva de la nueva alianza; nos introduce en el misterio del Señor, nuestro maestro. Nuestra vida de Hermano consiste en vivir la obediencia del Hijo. “El Señor Jesús, en efecto, nos hace comprender, por su misma forma de vida, que misión y obediencia están íntimamente unidos.”¹⁰

¿No podríamos decir, por tanto, que la obediencia es la ‘*característica distintiva*’ de nuestra vocación de Hermano? Yo así lo creo y esto por estas dos consideraciones: la de la misión para la que nació nuestro Instituto y la de la Comunidad y nuestras relaciones fraternas.

1. La obediencia y la misión.

El P. de la Mennais y el P. Deshayes sólo tenían ante sus ojos que la obra que Dios les inspiraba fuese fecunda. Vivieron la experiencia apostólica de entrar a formar parte del proyecto de Dios y de llevar a cabo su obra. Ambos estaban llenos del mismo deseo de Dios de acoger a los niños pequeños y educarles con lazos de amor. Luego pidieron a otros Hermanos que se unieran a su proyecto y que se ofreciesen con una completa disponibilidad. La obediencia que les pedían posibilitó no sólo abrir escuelas donde se les esperaba, sino enviar a ellas “*maestros sólidamente piadosos*”. En los comienzos no buscaron formar un “*cuerpo*” organizado y estructurado. Sólo veían la urgencia de la misión que debían cumplir. Querían, para ello, que cada uno de sus humildes Hermanos fuese “*como otro salvador para los niños, un hombre consagrado por voto a la educación*”

¹⁰ *El servicio de la autoridad y la obediencia*, nº 23.

*de la infancia, un hombre al que se le recibe diciendo: ‘bendito el que viene en nombre del Señor’.*¹¹ Efectivamente, enviados por sus Fundadores, estos Hermanos, no solos sino junto con otros, se convertían en mensajeros de la Buena Nueva. Eran poseedores de una certeza: *“No voy en mi propio nombre, soy un enviado, he venido porque el Señor así lo quiere en su infinita misericordia, para estas pobres criaturas. Gracias al voto de obediencia mis palabras y mis gestos son las palabras y los gestos del Jesús que les quiere.”*

El Hermano así enviado vive su vocación con alegría y entusiasmo, con el corazón y la inteligencia rebosantes de autenticidad, sin tratar de recobrar con una mano lo que entregó con la otra. Es fiel a este llamamiento e hipoteca en este empeño todas sus capacidades creativas para repartir el pan de la instrucción cristiana entre los hambrientos. *¡Así es como el carisma cobra vida!*

Por el contrario, el que busca sobre todo satisfacer sus caprichos, *‘hacer carrera’*, se hunde poco a poco en el individualismo y se aísla de los demás Hermanos. Deja de estar al servicio del carisma para aprovecharse de él. La paz del Espíritu Santo deja de estar en él y su corazón se hunde en la oscuridad. La desobediencia del corazón debilita el vigor del carisma tanto más cuanto más debilita los lazos de la fraternidad.

Podemos afirmarlo sin ambages: la obediencia es una característica distintiva de nuestro carisma. Por ella, nos convertimos en *“hijos enviados”*, en *“discípulos misioneros”*, según el espíritu de nuestros Fundadores. Cuando entramos en la dinámica de una auténtica actitud de obediencia religiosa, el carisma del

¹¹ S VII 2327

Instituto cobra vida, los frutos se multiplican, la paz adorna las relaciones fraternas, la Comunidad brilla por su apertura y su alegría. Quienes viven con nosotros la misión se dan buena cuenta de ello. Para ellos somos los Hermanos que marcan el camino de la verdad de Cristo vivo en este mundo. Al compartir nuestra vida en el corazón de la Familia Menesiana, se sienten más cerca de Dios y de Jesús. El camino de la misión es el mismo que el camino de la obediencia gozosa y clara a la Regla de Vida que el Espíritu nos ha regalado.

Un Hermano me hacía partícipe, no hace mucho, de su satisfacción por dar clase en una escuela próxima a su Comunidad. Me hacía ver la legitimidad de cómo su acción - pensaba él - se inscribía totalmente en la dinámica del carisma de la Congregación. Se sentía convencido de ello porque, en realidad, a la vez que vivía con los Hermanos de la Comunidad, enseñaba en una escuela que no era una escuela menesiana y a la que su superior no le había mandado. Necesitaba buscar una justificación de lo injustificable. Visiblemente, su corazón estaba dividido. No somos Menesianos para nosotros mismos. Lo somos por la obediencia, yendo donde nos mande el superior y por ello estando en comunión con los demás Hermanos. Esta misión no es *'nuestra misión'*. Somos una parte de ella gracias a una verdadera y sincera obediencia. Es Dios quien nos la confía a través de lo que los superiores nos piden.

He llegado a decir a otro Hermano: *"Haz lo que te pide tu superior y podrás decir que eres fiel al carisma."* Hoy añadiría: *"No puedes vivir el carisma si no tienes en cuenta a tus Hermanos. Lo vives diciendo " sí " a tu superior y a través de él a tus Hermanos. Pretender, por contra, que tu acción sea menesiana, cuando no haces lo que tu superior te pide es hacerte ilusiones y*

engañar a aquellos con los que trabajas. No eches en olvido que no se trata de tu misión, es la misión del Padre. Haz como Cristo que no buscó hacer su voluntad sino lo que agradaba a su Padre.”

Está claro que queda mucho bien por hacer en el mundo. A nosotros, los Hermanos, se nos envía a estar entre los niños como testigos de la misericordia del Señor. Ése es el bien que estamos encargados de hacer. Otros son llamados a ser presencia y acción de Cristo en otros campos de misión. El Espíritu Santo organiza el cuerpo eclesial y da a cada uno el carisma que precisa para ser servidor en la misión que se le confía. Por eso hemos hecho el voto de obediencia y por lo que hemos ofrecido nuestras personas para que el carisma del Instituto se despliegue con la fuerza del Espíritu. Por eso estamos dispuestos a ir donde el superior nos envíe junto a otros Hermanos y Laicos. Nuestra vida dará entonces los frutos que el Señor espera. Pero lo más importante es que esta fecundidad no va unida a este o a aquel Hermano, es la fecundidad del “*cuerpo*” que formamos. La Comunidad es la que es fecunda. Y eso gracias al voto de obediencia.

Los propios superiores deben tener esta visión del carisma de la Congregación. Deben dar preferencia a las obras en las que se manifiestan los frutos del Carisma Menesiano y no los compromisos individuales de los Hermanos con obras que no dependen de la Congregación. El Carisma Menesiano fructifica en obras animadas por las Comunidades de Hermanos y Laicos. Este detalle es fundamental. La legítima búsqueda de un trabajo remunerado no se puede hacer en detrimento de la fecundidad del carisma. Sería un error. Al esforzarse en la escucha del Espíritu y en el discernimiento del campo de misión donde cada

Hermano, habida cuenta de sus talentos, prestará el mejor servicio, los superiores buscan formar Comunidades misioneras insertas en obras menesianas. Por este motivo pasan sus momentos más especiales con los Hermanos. Tratan, así mismo, de conocer lo mejor posible cada una de las obras de la Provincia o Distrito. El superior que quiera cumplir bien con su misión debe estar próximo a los Hermanos y a los Laicos con espíritu de escucha y de oración, con la voluntad de “discernir” lo que Dios lleva a cabo en el corazón de cada uno y el deseo de construir Comunidades realmente misioneras.

Quien está investido del servicio de la autoridad a nivel de Provincia o Distrito está encargado de animar a las Comunidades y desempeña también *“la función de coordinación de las diferentes competencias propias de la misión, respetando las obligaciones y las normas internas del Instituto.”*¹² Para él, como para Dios, cada Hermano es un regalo para la Comunidad. Hace posible que la Comunidad responda a la misión común. El espíritu que inspira la misión, habita en el corazón de los Hermanos y ayuda a construir una verdadera Comunidad al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia. Los frutos de alegría y paz ponen de manifiesto la fecundidad espiritual de esta unidad.

2. La obediencia y la Comunidad.

En 1823, el P. de la Mennais escribió la Regla teniendo en cuenta, sucesivamente, la relación - los “lazos” - que cada Hermano debía tener con sus superiores, con sus propios Hermanos, con los padres de los alumnos y con los propios alumnos. Sólo después hacía mención a los detalles particulares de

¹² *ibid.* nº 25

la vida diaria. De esta manera, la Regla, que los Hermanos hacían voto de cumplir con todo su corazón y con todas sus fuerzas, les invitaba a prestar una especial atención a sus relaciones con los demás: humildad y obediencia de corazón y de espíritu a los superiores, espíritu de paz y de caridad en comunidad y espíritu de respeto y de paciencia, de dulzura y de firmeza con los alumnos.

Así, incluso si *“a lo largo de estos últimos años, una concepción antropomórfica nueva ha vuelto a dar importancia a la dimensión relacional del ser humano”*¹³, el P. de la Mennais ya era consciente de la necesaria coherencia entre lo que uno profesa, por una parte, y lo que uno vive, por otra y que manifiestan nuestras relaciones con *“todos los que nos rodean.”*¹⁴ En lo que hoy llamamos *“la espiritualidad de comunión”* nunca ha tenido más valor que ahora esa antropología relacional. Nuestra vocación y nuestra misión se viven en Iglesia, en comunión entre nosotros y también en comunión con las demás vocaciones. Por ejemplo, todos nosotros, cada día más, estamos abiertos a los Laicos de la Familia Menesiana. Nuestra Consagración Religiosa adquiere su completa dimensión en el centro mismo de estas relaciones.

No vivimos el voto de obediencia en el mismo contexto que nuestros primeros Hermanos. Hoy, probablemente más que antes, la dimensión comunitaria de nuestros votos está llamada a revalorizarse. *“En el clima cultural de hoy, la santidad comunitaria es un testimonio convincente, posiblemente más significativo que el testimonio individual: manifiesta el valor permanen-*

¹³ *El servicio de la autoridad y la obediencia*, nº 19

¹⁴ *ibid.* nº 19

te de la unidad, don que el mismo Señor Jesús nos ha confiado. Esto se hace visible, en especial, en las comunidades internacionales e interculturales que exigen altos niveles de acogida y de diálogo.”¹⁵

Si antes se ponía el acento más sobre el envío de cada Hermano, hoy se insiste más sobre la misión de la Comunidad. Por eso, los últimos Capítulos Generales insisten en que se ponga por escrito y se lleve a la práctica en cada Comunidad un “*Proyecto comunitario*”. No se trata de buscar cada cual una misión, sino, más bien de ver la manera de llevar a la práctica, juntos, la misión recibida. Sin este “*Proyecto comunitario*” la Comunidad corre el riesgo de no ser más que un lugar donde cada uno busca defender su propio sitio y sus intereses. El superior local debe ser muy consciente de ello y poner en juego todas sus energías en la elaboración comunitaria de este Proyecto. El Superior Mayor, a su vez, tiene que apoyar los esfuerzos de sus Hermanos y demostrar iniciativa y creatividad en esa ayuda.

La Comunidad es camino de santidad porque es el lugar donde se discierne la voluntad de Dios. Todos los Hermanos de una Comunidad encuentran su unidad en el Señor resucitado que está en medio de ellos y a quien buscan servir juntos, no como camino individual, sino siempre como el camino que la Comunidad recorre unida. Como acertadamente señala nuestra Regla de Vida: “*La Comunidad, enriquecida por las inspiraciones y las reflexiones de sus miembros, en quienes el Espíritu Santo habla y actúa, es un lugar privilegiado para la búsqueda de la voluntad de Dios.*” (C 31) En el centro de esta búsqueda, el superior es quien escucha, discierne y decide. Por eso podemos

¹⁵ *ibid.* nº 19

decir que el voto de obediencia es el cimiento de la Comunidad. *“La búsqueda de la voluntad de Dios y la disponibilidad a cumplirla es el cemento espiritual que salva al grupo de la fragmentación que podría derivarse de las muchas subjetividades, cuando éstas están faltas de un principio de unidad.”*¹⁶ Eso presupone entre los Hermanos un *“mismo espíritu de colaboración, con toda humildad, docilidad y caridad.”* (C 32) La dispersión y la multiplicación de tareas, actividades y lugares de misión es un mal, repitámoslo una vez más, contra el que los superiores tienen que luchar. Deben favorecer, por el contrario, todo lo que une a los Hermanos en torno a una misión claramente especificada.

El superior sabe tomar la medida a su responsabilidad. De su respuesta personal a su misión depende, en gran medida, la fecundidad de la Comunidad. Esto no coarta en nada la libertad de iniciativa de cada uno, por el contrario la facilita, si se vive en total transparencia con los superiores y con los Hermanos. Nunca se insistirá demasiado sobre la necesaria claridad de las relaciones fraternas vividas con el mayor respeto a cada uno y a sus responsabilidades. Si el superior tiene miedo de tomar iniciativas, otros lo van a hacer en su lugar y la que sufrirá será la unidad del *“cuerpo”*. *“Lo que implica, por parte de la autoridad, un paciente trabajo de coordinación y, por parte de los demás consagrados, estar sinceramente dispuestos a colaborar.”*¹⁷ Una obediencia vivida en libertad y con alegría, con una verdadera confianza hacia quien ha recibido el encargo de responsabilizarse de la autoridad, favorece muy mucho esta tan deseada unidad.

¹⁶ *El servicio de la autoridad y la obediencia*, nº 18

¹⁷ *ibid.* nº 25 a)

“El Espíritu hace que cada uno esté disponible para el Reino, dentro de la diversidad de dones y funciones. La obediencia con su acción, unifica la Comunidad con el testimonio de su presencia, hace gozosos los pasos de cada uno y se convierte en fundamento de la vida fraterna, en la cual todos obedecen, aún teniendo obligaciones distintas.”¹⁸

¹⁸ *ibid.* nº 18

¡Encantado!

“Esta última palabra (**¡encantado!**) lo decide todo y es clave. No hagas las cosas de mala gana, ni porque es obligatorio, ni a regañadientes sino **¡encantado!** Pero hay que decirla con el corazón, no sólo con el pensamiento o, peor aún, sólo con los labios. Hay que decirla con la voluntad. Y cada vez con más profundidad. ¿Comprendes? Tiene que calar cada vez más profundamente en el corazón, porque siempre quedan en el fondo reticencias y resistencias. ¡Hay que borrarlas con la palabra **¡encantado!** Donde aún quede alguna estrechez de espíritu o alguna inercia, tiene que penetrar con todo su esplendor, como una luz clara y potente; cada vez más fuerte, cada vez más rápido para que todo resplandezca ante Dios. “¡Así lo quiero, Señor!” ¡Verás qué feliz te vas a sentir!

Ésa era la actitud de Jesús. Toda su alma era pura y alegre disponibilidad: “¡Padre, que se haga tu voluntad!” Y si aceptas las actitudes propias de este **¡encantado!**, el trabajo, las obligaciones, las decisiones, los buenos momentos y las renunciaciones seguirán estando ahí, pero ¡créetelo!, tendrás la fuerza alegre que te hará estar incondicionalmente disponible para todo. ¡Dios está justo ahí! Pero esta disposición del alma hay que renovarla continuamente, sobre todo cuando las cosas se ponen cuesta arriba. Si te desinflas en el primer momento, cuando algo se interpone en tu camino, repite: “¿Qué ocurre? **¡encantado!** y manos a la obra”.

Romano Guardini, *“Lettere sulla autoformazione (Brescia)”*. pp. 10-11.

LA OBEDIENCIA, CAMINO DE SANTIDAD.

1. Poner nuestra confianza en la Providencia.

“El Hermano decide aceptar plenamente los designios de Dios sobre él y transformarlos en su propio querer, aunque en algunos momentos tenga que participar en el sentimiento de abandono de su Maestro en la cruz.” (D 54) ¡Aceptar plenamente el designio de Dios sobre él! Ésa es la manera como nuestra Regla de Vida habla de la forma a la que invita al Hermano a abandonarse totalmente en las manos de la Providencia. Encuentra su felicidad en lo que Dios quiere, y no encerrándose en sí mismo, gastando sus energías en la defensa de sus intereses que él cree que están amenazados. “La profesión de obediencia le introduce más íntimamente en el movimiento de amor que hizo decir a Cristo antes de su Pasión: ‘El mundo tiene que comprender que amo al Padre y que cumplo exactamente su encargo’ (D 54).

Tener una confianza plena en la Providencia, es entrar en el *“movimiento de amor”* del Padre hacia su Hijo, en el seno de la

Trinidad. No podemos pronunciar el voto de obediencia sin tener un deseo profundo de buscar constantemente una verdadera unión con la voluntad de Dios. Es una opción personal y libre que da respuesta a una atracción profunda del Espíritu de Dios inscrito en lo íntimo del corazón, una opción radical que compromete importantes decisiones de la vida. No podemos decir por una parte que confiamos en la Providencia y por otra afanarnos en construir una carrera personal y en amontonar bienes en secreto, etc.

El Hermano que hace profesión de obediencia ya no busca satisfacer sus intereses personales. Alejado de los bienes materiales y de la búsqueda excesiva de sí mismo, sólo tiene ante sus ojos a Dios y su Reino. Sabe que las *“satisfacciones mundanas”* no tienen valor a los ojos de Dios y encuentra su dicha en el cumplimiento de la voluntad de Dios para él. Da gusto encontrar un Hermano disponible, que no ofrece un ápice de duda cuando se le propone un cambio de Comunidad o de misión, incluso cuando se trate de algo exigente. Semejante abandono y una tal disponibilidad son señales de una fe experimentada y de una auténtica humildad. Fe, porque descubre en la voluntad expresada por el superior, la voluntad del mismo Dios, a pesar de la pobreza y el pecado del superior; y la humildad, porque está abierto a la voluntad de Dios y no trata de alcanzar ninguna otra reivindicación. En este abandono radica la verdadera alegría, el *“alimento”* auténtico. *“En comunión más íntima con la obediencia pascual de Cristo, el Hermano adquiere como Él una grandeza de eternidad”* (D 61).

El Hermano que se esfuerza en conformar toda su vida al voto de obediencia que pronunció con toda la generosidad de sus años jóvenes, está seguro de vivir *“en el orden de la Providen-*

cia". Es el mimado del Señor y Él es quien se encarga de él. Comparte con Él su preocupación por el Reino. Lleva a su oración a los y a las que ama el Señor y a quienes quiere salvar, los "pequeños" y los pobres los predilectos de su corazón. Desea consolar, evangelizar, curar y liberar como hizo Jesús. Sabe que Dios Solo lo puede hacer. Se pone a su disposición, humildemente, sin escatimar esfuerzos. *"La obediencia es la que unifica mi vida y estructura mi deseo en una misión que me sobrepasa y me engrandece. La obediencia es fuente de alegría y de paz. Me saca de las angustias de mi subjetividad para hacerme formar parte de Cristo donde encuentro mi identidad profunda,... En este sentido, podemos entender que la obediencia ocupe un lugar central en la vida espiritual, en el corazón de otras mediaciones pero con un significado particular, ya que pone en juego mi libertad, que es lo que más profundamente me define"*¹⁹.

Lo que el Señor le pide, el Hermano lo hace aunque tenga que agotar sus fuerzas e incluso comprometa su salud, porque sólo espera de Dios las consolaciones, la recompensa y el descanso. El voto de obediencia nos libera de la búsqueda de nosotros mismos y nos coloca en el ámbito de la Providencia de Dios, que es todo bondad y amor, ternura y alegría. Recientemente, el Papa repasaba estas cuestiones con los sacerdotes reunidos con él el Jueves Santo. Les hablaba de la fatiga que puede encontrar el pastor en medio de las ovejas: *"No podemos ser pastores con caras largas, que se están quejando siempre, ni, lo que sería peor, pastores aburridos. Este pernicioso cansancio, es la decepción de uno mismo, es no mirar de frente, con la serenidad alegre de quien se reconoce pecador, el cansancio que lleva "a querer y no querer", a entregarlo todo y al*

¹⁹ Michel RONDET, s. j. "Cahiers du Centre Sèvres" 1983, p. 79.

minuto siguiente echar de menos “los ajos y las cebollas de Egipto”. Me gusta llamar a este cansancio, coqueteo con la mundanidad espiritual. La palabra del Apocalipsis nos señala la causa de este cansancio: “Tengo contra ti, que has abandonado tu primer amor.” (Ap 2, 3-4) Sólo el amor nos conduce al descanso.” El que no vive su voto de obediencia con la dinámica de su “*primer amor*” se hastía de sí mismo y vive triste. Tiene miedo de que el superior le pida un sacrificio demasiado grande. No tiene una verdadera confianza en la Providencia de Dios que cuida de él como un padre cuida de su hijo. De hecho, ya no comparte la preocupación de Dios y de su Providencia por su Pueblo. Su amor se ha vuelto insípido, perdido en compromisos de todo tipo.

Hermanos, no dejemos que nos roben nuestra esperanza y nuestro amor. La alegría del corazón depende de una cosa y sólo de una: nuestra perfecta comunión interior con el amor de Dios a su Pueblo. El Señor espera que compartamos su preocupación por las ovejas perdidas que hay que buscar. Quiere que entremos en su corazón misericordioso para amar como Él ama. Sólo existe un camino para eso: la perfecta y amorosa obediencia a su Voluntad expresada en la Regla de Vida y en la voluntad de nuestros Hermanos. Como Jesús, quizá digamos en medio de nuestros sufrimientos, pero también con la paz del verdadero amor: *“¡Abba! Tú lo puedes todo, ¡aparta de mí este cáliz! Pero ¡no se haga mi voluntad sino la tuya!”* (Mc 14, 36).

2. Escuchar la Palabra de Dios.

El voto de obediencia supone Fe en un Dios cuya voluntad nos sobrepasa y que ignoramos; es la escucha confiada del hijo al Padre. Esta escucha es la escucha de Jesús. Haciendo como Él, poco a poco, será también nuestra escucha. De eso es de lo

que hablamos cuando decimos que queremos hacer la voluntad de Dios expresada en Jesucristo. Para empezar a ver las cosas de esta forma, tenemos que apoyarnos en una experiencia fuerte de esta Palabra interior que nos llama y nos devuelve a la existencia a la que tenemos que responder “ sí ”, un “ sí ” que es la expresión del “ sí ” de Cristo: *“¡Padre, heme aquí!”*

Para ir más lejos, con un lenguaje que el mundo no puede entender, tenemos que decir que la obediencia a Dios es el único camino posible, para un ser inteligente y libre como lo es el hombre, de realizarse plenamente. Cuando el hombre desobedece a Dios, cuando le dice “no”, el hombre se encierra en sí mismo y desaparece. Sus proyectos están avocados al fracaso. Sólo los hijos amantes pueden entender esta manera de hablar. Sólo quien ama verdaderamente puede comprender el lenguaje de la cruz que consiste en obedecer hasta el final del amor.

Por todo lo dicho, tenemos que aprender la escucha amorosa y diaria de la Palabra de Dios ya que con ella Dios renueva cada día su llamada. Nos predispone a la obediencia que libera y desarrolla, la que nos abre a la creatividad en paz y unión con los Hermanos. Para vivir como un hijo enviado, como hijo que ama, es preciso escuchar y acoger la Palabra, dejarla penetrar en las fibras más íntimas de nuestro ser. Dejarse impregnar por las palabras que vienen de Dios ¡qué experiencia tan suave y fuerte a la vez! Cada mañana tenemos la suerte de recibir y de escuchar la Palabra que es el mismo Cristo, de acoger con el corazón y también con la inteligencia y la memoria las palabras de Jesús: *“Quien no escucha la Palabra de Dios como uno de estos niños no entrará en el Reino de los Cielos”* (Mc 10, 16). Estamos llamados a ser ese niño que escucha. *“El trato amoro-*

so y cotidiano con la Palabra nos enseña a descubrir los caminos de la vida y las modalidades a través de las cuales Dios quiere liberar a sus hijos; alimenta el instinto espiritual por las cosas que agradan a Dios; transmite el sentido de su voluntad y el gusto por ella; da la paz y el gozo de permanecerle fieles,...”²⁰.

En el silencio de la oración y el diálogo con Dios es donde se hace sentir la secreta presencia de lo indecible. Quizá entonces podamos captar un poco, con temor y temblor, lo cierta que es la palabra del profeta: *“Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, mis caminos no son vuestros caminos, declara el Señor. Tanto cuanto el cielo está elevado sobre la tierra, tanto están mis caminos sobre los vuestros y mis pensamientos por encima de vuestros pensamientos”* (Is 55, 8-9). De nuestro corazón puede humildemente subir el deseo de conocer esos caminos y sobre todo de ser fieles a ellos.

Caminando día tras día a la escucha de Jesús, contemplándole por los caminos de Palestina, reconociéndole en el hermano que sufre, aprendemos de Él a ser hijos. Escuchar la palabra cada día es experimentar la libertad, es ser enseñado y tocado por el Salvador. En el silencio y en la paz del corazón, esta palabra marca el camino, enciende la luz y educa los sentidos para el correcto discernimiento. Nos ayuda a no querer controlarlo todo a toda costa, sino dejarle a Dios ser Dios en nosotros para que nos vuelva poco a poco semejantes a Él. Para eso, 30 minutos de nuestro tiempo, cada mañana, para la escucha contemplativa de la Palabra es lo mínimo que un religioso debe saber entregar. Algunos tratan de prolongar este tiempo porque

²⁰ *El servicio de la autoridad y la obediencia, nº 7.*

sienten la necesidad de escuchar más largamente para ser verdaderamente fieles.

Y cuando la oración de la mañana trascurra en silencio, a veces incluso en la aridez, la oración de la tarde surgirá como una necesidad vital, no para cumplir el reglamento, sino para aplacar una sed interior. Volver otra vez ante el Señor, vivir de nuevo este silencio que abre la puerta a Aquel que ha ocupado todos los instantes de la jornada sin que, quizá, nos hayamos dado cuenta. Mirarle, escucharle, estar con Él, es una necesidad de amor. *“La obediencia, por consiguiente, no es humillación sino verdad sobre la que se construye y se realiza la plenitud del hombre”*²¹, a imagen de Cristo que se hizo obediente.

La escucha de la Palabra predispone a la acción del Espíritu que da fuerza y luz para vivir la obediencia en la fe. El mismo Jesús fue guiado por el Espíritu. Este Espíritu es el que puede darnos la misma libertad que tenía Jesús, la libertad de entregar todo por amor, de desaparecer para que se cumpla la voluntad de Dios y no la nuestra, la libertad de atreverse a actuar cuando la convicción interior lo exige, la libertad de la confianza cuando la obediencia se vuelve difícil y dolorosa. El Espíritu hace entonces sentir, en medio de la paz que nos da, que no es a un hombre a quien se obedece, aunque sea el superior, sino a Dios, Maestro de todos.

3. Someter la voluntad a las mediaciones humanas.

“Al ingresar en el Instituto, los Hermanos aceptan someter su voluntad a las mediaciones humanas que expresan para ellos el querer divino” (C 30) nos dice la Regla de Vida. ¿Cuáles son es-

²¹ *El servicio de la autoridad y la obediencia*, nº 8.

tas mediaciones humanas? La respuesta nos la da este mismo número: *“Los Hermanos encuentran en la Regla de Vida,... así como en la autoridad ejercida por los superiores una manifestación auténtica de la voluntad de Dios”* (C 30).

Todo bautizado está llamado a obedecer al Espíritu de Dios que habla a través de múltiples mediaciones humanas, a la vez que se expresa por mociones interiores cuyo mensaje hay que aprender a descifrar. Así mismo, todos los bautizados están atentos a lo que el Espíritu les dice a través de la Iglesia *“sacramento de Cristo resucitado”* y a la vez formada por hombres pecadores. Cuando el Padre Juan M^a de la Mennais nos invita a amar a la Iglesia, evoca la imagen del amor de un niño hacia su madre: *“Tenemos que amar a la Iglesia de la misma manera que amamos a Jesucristo de la que es esposo y que no forma con ella más que un solo cuerpo y una sola carne, ... con todo nuestro corazón, sentir vivamente sus males, afligirnos con sus pérdidas y alegrarnos en su victorias...”*²² A través de ella buscamos ir a Jesucristo, escucharle y seguirle.

*“El religioso no hace, estrictamente hablando, voto de obedecer a Dios. El voto de obedecer a Dios está incluido en el Bautismo y cada cristiano tiene que hacer en todo y siempre la voluntad de Dios. Cuando está en Cristo ya no se pertenece a sí mismo porque Cristo se ha convertido en el único maestro de su vida”*²³.

Someter nuestra voluntad a la voluntad del Señor pasa necesariamente por la humilde acogida de las mediaciones huma-

²² S VIII 2497-2502.

²³ Arnaldo Pigna, “Repartir du Crist. Introduction à la spiritualité des vœux. EDB, p.214.

nas. ¡No somos ángeles! Dios pasa por nuestros Hermanos y por las Instituciones que Él ha querido para ayudarnos a encontrarle. ¡La Congregación es una de ellas! Y ¡también está formada por hombres pecadores! A nosotros nos toca acogerles con humildad reconociéndonos también pecadores. Tenemos que estar en nuestro sitio, que es el de ser servidores, sea cual sea la función que desempeñemos o nuestra misión, como un pecador que necesita la misericordia de sus Hermanos. De la misma forma demostramos confianza a nuestros superiores, no porque son santos, sino porque han recibido el ministerio, a través de la Iglesia, de ayudar a sus Hermanos a discernir y a cumplir la voluntad de Dios. Servicio comprometido que les debería llevar a permanecer en oración silenciosa y humilde. Responsabilidad también que invita a sus Hermanos a rezar por ellos.

“El voto religioso tiene como objetivo cumplir la exigencia fundamental del Bautismo (hacer la voluntad de Dios). ¿Cómo? Utilizando las mediaciones que le faciliten el camino. Para llegar a obedecer a Dios (¡que es deber de todos!) se compromete a adoptar los medios particulares y concretamente, pronuncia el voto de someterse a un hombre, más allá de la estricta medida del precepto, para que le ayude y le dé una garantía sobreañadida para adherirse totalmente a la voluntad del Padre. Así que no hace un voto de obediencia a Dios, sino el voto de someterse a un hombre para obedecer a Dios”²⁴.

Dentro de las mediaciones humanas, la Regla de Vida ocupa el lugar preferente. El Hermano decide convertirla en su norma de conducta. Para él, la Regla traduce el Evangelio a la vida.

²⁴ Ibid. p 214

Sabe que nada es insignificante en este Libro de Vida que le habla del Evangelio. Por el contrario, toma a pecho el observar las cosas pequeñas para estar más seguro de ser fiel en las grandes. Los pequeños gestos de fidelidad manifiestan una voluntad decidida de amar que no se contenta con palabras que lleva el viento. El P. la Mennais pedía a sus Hermanos un amor sin fisuras a la Regla: *“Observadla, queridos hijos, observadla para que ella os guarde.”* (al H. Laurent, 1852). *“La Regla y las demás ordenaciones de vida se convierten también en mediación de la voluntad del Señor: mediación humana, sí, pero autorizada; imperfecta y al mismo tiempo vinculante; punto de partida del que arrancar cada día y punto también que sobrepasar con impulso generoso y creativo hacia la santidad que Dios «quiere» para cada consagrado”*²⁵.

“El Hermano anuda también lazos que dan consistencia a un proyecto comunitario: firma un contrato. Asume libremente las exigencias de la Regla de Vida...” (D 25) Este “contrato” es la “mediación humana” que significa la alianza de Dios con cada uno de nosotros y con el “cuerpo” al completo de la Congregación. El “proyecto evangélico” o carismático del Instituto reconocido por la Iglesia a través de las aprobaciones de la Regla de Vida es un itinerario auténtico *“de búsqueda de Dios y de la santidad”*²⁶.

Sin embargo, la obediencia del religioso no acaba en la Regla. Es sostenida por ella, pero se completa con una apertura del corazón y de la inteligencia a los signos que el Espíritu comunica a quien está en vela. El religioso *“se adhiere al Señor de*

²⁵ *El servicio de la autoridad y la obediencia*, nº 9.

²⁶ *El servicio de la autoridad y la obediencia*, nº 9.

su vida cuando reconoce su presencia en las mediaciones humanas, muy especialmente en la Regla, en los superiores...” además de “en la Comunidad, en los signos de los tiempos, en las expectativas de la gente, sobre todo de los pobres; cuando uno tiene la valentía de echar las redes “en su Palabra” y no por motivaciones meramente humanas; cuando elige obedecer no sólo a Dios sino también a los hombres.”²⁷ Lejos de tratarse de una sumisión infantil que constituiría una especie de refugio, la verdadera obediencia del Hermano es como un fuego que arde en el fondo de su corazón y le empuja a querer siempre lo que Dios quiere. Su corazón no puede permanecer en reposo hasta que no alcanza la convicción de que su vida es conforme a lo que Dios quiere para él. Se trata, por lo tanto, - atento a las mediaciones humanas que le hablan de Dios - de experimentar “algo de la fuerza que atraía al Señor hacia la cruz, ese bautismo con el que deseaba ser bautizado, en donde se encendiese ese fuego que también a nosotros nos abrasa; algo de la locura que S. Pablo nos desea a todos, porque sólo ella nos hace sabios.”²⁸ Lejos de apagar este fuego interior, la adaptación de nuestra vida a la Regla de Vida y la obediencia a lo que piden los superiores, manifiestan la voluntad de corresponder al querer divino, por amor, a través de una vida entregada al completo. Entonces, la alegría del corazón es, para nosotros, la prueba de que estamos dispuestos a dejar actuar al Espíritu Santo. “¿No existe una misteriosa conexión entre la renuncia y la satisfacción, entre el sacrificio y la expansión del corazón, entre la

²⁷ *El servicio de la autoridad y la obediencia, nº 11.*

²⁸ *Evangelica testificatio nº 29, 1971, Pablo VI.*

disciplina y la libertad espiritual?” se preguntaba el papa Pablo VI²⁹.

4. Discernir juntos el querer de Dios.

Nuestras afirmaciones sobre la obediencia religiosa no legitiman ni el autoritarismo ni la obediencia infantil. Estos dos conceptos son completamente ajenos a la concepción de este voto. *“Esta obediencia, lejos de disminuir la dignidad de la persona, la lleva a la madurez, haciendo crecer en ella la libertad de los hijos de Dios”* (D 57) nos dice la Regla de Vida. Está claro que la libertad de la que habla la Regla no debe confundirse con la reivindicación de la autonomía de la persona frente a Dios y a los demás. Quien se considere libre de cualquier tipo de atadura cae en la esclavitud. Como el Pueblo de Dios salido de Egipto, la Comunidad debe más bien, dejarse conducir por la nube, luminosa y oscura, del Espíritu de Dios. Ella le liberará de cualquier atadura que pueda obstaculizar su caminar.

La Comunidad tiene vocación de ser lugar donde se discierne la Obra del Espíritu de Dios, el lugar que la nube del Espíritu quiere iluminar con su luz, el lugar del intercambio donde todos hacen uso de la palabra y donde se invita a los más débiles a poner sus talentos al servicio de los Hermanos. En lugar de parapetarnos tras los “muros” de nuestras certezas, tenemos que tratar de levantar puentes de diálogo fraterno y de comprensión de las diferencias con caridad y perdón.

“Los muros que nos dividen no pueden ser superados más que si estamos dispuestos a escuchar y a aprender los unos de los otros. Necesitamos resolver las diferencias por medio de

²⁹ Evangelica testificatio n° 29, 1971, Pablo VI.

formas de diálogo que nos van a permitir crecer en comprensión y respeto. La cultura del encuentro exige que estemos dispuestos no sólo a dar, sino también a recibir de los otros, ... Dialogar significa que estamos convencidos de que el otro tiene algo bueno que decirnos, ... Dialogar no significa renunciar a las propias ideas y tradiciones sino a la pretensión de considerarlas como únicas y absolutas”³⁰.

No es sólo el superior quien busca la voluntad de Dios, es toda la Comunidad. Si el superior es quien decide en última instancia, el discernimiento de la voluntad de Dios es obra de toda la Comunidad. Ni un solo Hermano está excluido de esta búsqueda. *“Con sus Hermanos, y teniendo en cuenta la diferencia de edad, mentalidad y formación, el superior se esfuerza en discernir el querer divino a través de las personas y de los acontecimientos”* (D 60). No es sencillo, porque la búsqueda de la voluntad de Dios, no puede llevarse a cabo más que en un corazón liberado de cualquier atadura. ¿Quién puede decir que está verdaderamente desprendido de todo, hasta el punto de no querer más que el servicio de Dios, en la santidad y en la justicia? (cf. Lc 1, 74-75). Por medio de la oración, poco a poco, el Señor nos puede ir liberando de las ataduras que nos retienen y nos impiden avanzar.

Si hay algo en lo que tenemos necesidad de progresar, yo creo que es, en nuestra capacidad de discernir juntos la voluntad de Dios, dentro del marco de la misión que la Comunidad ha recibido del Provincial o del Visitador. Está claro que hay muchas oportunidades para ejercer un discernimiento comuni-

³⁰ Papa Francisco con motivo de la *Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 2014.

tario, pero me voy a detener aquí a propósito, en el detalle concreto de la redacción del *'Proyecto Comunitario'*, al que ya me he referido antes. Cuando la Comunidad elabora su *'Proyecto Comunitario'*, a principios de año y que posteriormente evalúa, pone en juego su capacidad de discernimiento. Pero en realidad, el discernimiento espiritual compromete a una forma de vivir juntos diariamente como Hermanos. Es un caminar que comienza desde por la mañana con la forma con que vamos a la oración. Por la Fe, sabemos que es el Espíritu de Jesús el que nos reúne y el que reza en nosotros; Él es el que crea la Comunidad. Y esto se prolonga durante toda la jornada, al decidir ponernos al servicio de los Hermanos y no a aislarnos. Es una actitud del corazón que empapa toda nuestra vida tanto en los momentos de descanso, en los de compartir las comidas, como en medio del trabajo y de las actividades educativas.

Para disfrutar de la alegría de estar juntos, no tenemos que escuchar las vocécitas interiores que nos llevan a juzgar y a impacientarnos. El dominio de nuestros pensamientos es la señal clara de que intentamos escuchar al Espíritu Santo. Dios *'anda en medio'* de todos los detalles en los que se manifiesta la caridad y la escucha. Un corazón disponible y abierto, trata de consolar, no de juzgar. Así que está atento a la *'brisa ligera'* del Espíritu que habla a cada uno en medio de las diferentes ocupaciones de cada día.

Es la actitud del "vigilante" que está en paz y disfruta de la presencia de Dios. Una disposición interior que le vuelve a uno capaz de construir con los demás un verdadero proyecto de misión y de Vida Comunitaria.

Añado aquí algunos consejos que pueden ayudarnos a emprender juntos este discernimiento comunitario y finalizar con la redacción de ese Proyecto.

- Pedirle juntos al Espíritu que nos ilumine. Si, de veras, buscamos la voluntad de Dios para nosotros, lo tenemos que demostrar con nuestro espíritu de escucha de la Palabra y de las inspiraciones del Espíritu. Le pediremos que nos ayude a no dejarnos llevar por la lógica puramente humana de la búsqueda del provecho, del éxito y del agradecimiento.
- Escuchar al otro con simpatía, sin reacciones bruscas. Dejarle que exponga su idea completa. Tratar de entenderle. Demostrar que apreciamos su opinión porque estamos seguros de que el Espíritu también nos habla a través de él. No responder antes de haberle escuchado atentamente. Y cuando lo hayamos hecho, sólo añadiremos nuestra opinión, pero no haremos comentarios sobre lo que acabamos de compartir.
- Decir nuestra verdad sin convertir nuestra opinión en un absoluto. Esto supone admitir que no tenemos la respuesta completa a lo que estamos tratando. Damos nuestra opinión, sin más. Rechazamos aferrarnos en exceso a nuestras propias ideas y estamos dispuestos a cambiar nuestro punto de vista.
- Y por fin, comprometernos a aceptar la línea decidida en común, de acuerdo con el superior. Cada uno está preparado para cuando las decisiones que se tomen no vayan en la dirección que él había previsto. Eso presupone ser interiormente libre, no ceder a la irritación, confiar

en el juicio de los Hermanos y en la decisión del superior.

5. Obedecemos al Señor.

S. Ignacio de Loyola decía: *“La verdadera obediencia no mira a quién se presta sino por qué lo hace y si se presta por causa de nuestro único Creador y Señor, es a Él, Señor de todos, a quien se obedece.”*³¹ Lo que significa que al obedecer al superior se obedece a Dios y que el superior no sustituye a Dios sino que le representa.

“En la vida consagrada ha tenido siempre una gran importancia la función de los Superiores, incluidos los locales, tanto para la vida espiritual como para la misión ... Quien ejerce la autoridad no puede abdicar de su cometido de primer responsable de la Comunidad, como guía de los Hermanos y Hermanas en el camino espiritual y apostólico. Se debe... reafirmar la importancia de este cargo, que se revela necesario precisamente para consolidar la comunión fraterna y para que no sea vana la obediencia profesada. Si bien es cierto que la autoridad debe ser ante todo fraterna y espiritual, y que quien la detenta debe consecuentemente saber involucrar mediante el diálogo a los Hermanos en el proceso de decisión, conviene recordar, sin embargo, que la última palabra corresponde a la autoridad, a la cual compete también hacer respetar las decisiones tomadas.” (VC 43)

La autoridad en la Iglesia es siempre a imagen de Cristo: *“Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniera en su propio nombre, ¡a ése sí le recibís!”* (Jn, 5, 43). *“La gen-*

³¹ Constituciones de la Compañía de Jesús, 84.

te que le escuchaba se admiraban de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas” (Mc 1, 22). La autoridad la concede el Padre. La misión del superior es un servicio de comunión de las Comunidades y de las personas para la misión. La dicha del superior es vivir su misión como un servicio humilde, que no ha buscado sino que lo ha recibido durante un cierto tiempo y que se esfuerza en cumplir con alegría y verdad. Sabe que todo servicio de autoridad alberga una tentación de poder pero también sabe que, para luchar contra esa tentación tiene que ejercer su misión sin miedo y con una gran confianza en los Hermanos. *“Tu misión tiene que ser siempre un ministerio de dulzura y de caridad; con la dureza no se gana nunca nada, uno se vuelve odioso y pierde todo el mérito de sus trabajos”* le decía Juan M^a de la Mennais al H. Arthur Greffier.

La autoridad no reemplaza a Cristo, le representa. El Hermano superior sabe muy bien que no es infalible y que necesita la ayuda y las ideas de sus Hermanos. Está al servicio de la misión que la Comunidad ha recibido, pero no lleva él solo toda la carga. Él mismo tiene que vivir la obediencia. Está a la escucha del Espíritu, porque busca hacer la voluntad de Dios junto a los demás Hermanos. En realidad, es Cristo, a través de quien ha recibido la misión de superior, el que ejerce la autoridad. Toda autoridad en la Iglesia participa de este servicio que el propio Cristo recibió del Padre. La autoridad, pues, debe ser vivida como la vivió Cristo, es decir, *‘tomando la toalla y lavando los pies a sus hermanos’* (cf. D 153) Cuando el superior tiene que tomar una decisión, se apoya en la fuerza del Espíritu, después de haber orado y discernido teniendo en cuenta los consejos útiles y necesarios recibidos.

La autoridad es a la vez obediencia y servicio. Todos obedecen al Señor, tanto el superior como los Hermanos. Por lo tanto un aspecto importante de la misión del superior es animar a los Hermanos al discernimiento, a la escucha de los signos del Espíritu después de escucharles bajo la forma en la que perciben los signos de los tiempos, las llamadas de Dios a este mundo. El superior, por la misión confiada a él por la Iglesia, es de esta forma un “*docente*” para sus Hermanos, por su vida más que por sus palabras. Les invita a seguir a Cristo y a hacer lo que Él les pida, no en solitario, sino en Comunidad. Les habla de Cristo y junto con ellos se esfuerza en comprender lo que Él les dice. Por este motivo dedica tiempo a reflexionar sobre las llamadas de los tiempos, a formarse y a rezar. Ora con frecuencia por sus Hermanos y se apoya en su propia oración.

Benedicto XVI decía a los nuevos obispos: *“El obispo debe ser una persona que ora, que intercede por los hombres ante Dios. Cuanto más lo hace, mejor comprende a las personas que le han sido confiadas y puede convertirse para ellos en un ángel, en un mensajero de Dios, ...”* “Yo creo que eso mismo se puede decir del Hermano superior que ha recibido el cargo de la autoridad y que es “*el buen pastor*” de sus Hermanos. Como ha sido llamado a ser un guía seguro, debe también aprender a seguir los pasos del Señor. El papa Francisco, a su vez, recordaba recientemente a los Cardenales: *“¡Vamos, pueblo de Jacob, caminemos a la luz del Señor!” (Is 2, 5) “Lo primero que Dios dijo a Abraham fue: Camina en mi presencia y sé irreprochable. Caminar: nuestra vida es una marcha y cuando nos paramos, algo no va. Caminar siempre, en presencia del Señor, a la luz del Señor, tratando siempre de vivir esa irreprochabilidad que Dios le pedía a Abraham en su promesa.”*

El Superior, que tiene por misión mostrar, más que ningún otro, que no queremos obedecer más que a Dios Solo, está llamado a *“ser santo haciendo santos”*. Evangeliza a sus Hermanos dejándose él mismo evangelizar por ellos.

Madeleine DELBRÊL

EL BAILE DE LA OBEDIENCIA (extractos)

“Os hemos tocado la flauta y no habéis bailado”

... Ha habido muchos santos que necesitaban bailar,
Porque estaban muy locos con la vida:
Santa Teresa con sus castañuelas,
S. Juan de la Cruz con un Niño Jesús en brazos
Y S. Francisco ante el papa.
Si estuviésemos contentos contigo Señor,
No nos podríamos aguantar estas ganas
De bailar que rompe como una ola contra el mundo.
Llegaríamos a adivinar qué danza es la que te gusta
Hacernos danzar, siguiendo los pasos de tu Providencia

Porque pienso que debes estar cansado
De gente que hable siempre de servirte
Con aire de capitanes...

Un día que deseabas otra cosa
Inventaste a San Francisco
E hiciste de él tu juglar.
Y a nosotros nos corresponde dejarnos inventar

Para ser gente alegre que dance su vida contigo.
Para ser buen bailarín contigo
No es preciso saber adónde lleva el baile.
Hay que seguir,
Ser alegre,
Ser ligero y,
Sobre todo, no mostrarse rígido.
No pedir explicaciones de los pasos que te gusta dar.
Hay que ser como una prolongación
Ágil y viva de ti mismo
Recibir de ti la transmisión del ritmo de la orquesta.
No hay por qué querer avanzar a toda costa

Sino aceptar el dar la vuelta, ir de lado,
Saber detenerse y deslizarse en vez de caminar.
Y esto no sería más que una serie de pasos estúpidos
Si la música no tuviera una armonía.

Pero olvidamos la música de tu Espíritu
Y hacemos de nuestra vida un ejercicio de gimnasia;
Olvidamos que en tus brazos se danza,
Que tu santa voluntad
Es de una inconcebible fantasía...

Señor, sácanos a bailar.

Estamos dispuestos a bailar para ti el baile del trabajo
El del calor y luego el del frío.
Si algunas melodías vienen a menudo en tono menor
No te diremos que son tristes,
Si otras nos dejan casi sin aliento, no te diremos
Que casi nos desgañitan
Y si la gente nos empuja, nos lo tomaremos a risa
Sabiendo que eso ocurre siempre cuando bailamos.

Señor, muéstranos el puesto
Que, en este romance eterno
Iniciado entre tú y nosotros,
Debe tener el baile singular de nuestra obediencia

En la serenidad de lo que quieres.
Haznos vivir nuestra vida,
No como un juego de ajedrez en el que todo se calcula,
No como un teorema que nos rompe la cabeza,
Sino como una fiesta sin fin donde se renueva el encuentro contigo,
Como un baile,
Como una danza
Entre los brazos de tu gracia,
Con la música universal del amor.

Señor, sácanos a bailar.

CONCLUSIÓN

MARIA, modelo de docilidad al Espíritu Santo.

“Sí, la obediencia vale más que los sacrificios.” (1 Sa 15, 22)
El voto de obediencia nos hace vivir de la “Alegría del Evangelio”. Dios nos llama a una obediencia gozosa y libre. Eso es lo que subraya Madeleine Delbrêl, a su manera, en el poema *“El baile de la obediencia”* que hemos podido leer en las páginas precedentes.³² Nos invita a bailar: *“Haz que vivamos nuestra vida... como una fiesta sin fin, donde se renueva el encuentro contigo,... como un baile,...”* El mismo Jesús nos invita a esta alegría de la obediencia que se expresa en el amor de los Hermanos: *“Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando,... Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros,...”* (Jn 15, 13 ; 17) ... *y este gozo nadie os lo arrebatará* (Jn 16, 23).

Toda la vida de María se mueve dentro de esta docilidad gozosa al Espíritu Santo. Comienza en la Anunciación. Aunque

³² Cf. p. 50.

sorprendida con el anuncio de Gabriel, no ofrece resistencia. Muestra, al contrario, una completa apertura de corazón a lo que presiente que va a ser la expresión de la voluntad de Dios. Después de escuchar al Ángel explicarle el proyecto de Dios: *“El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra,...”* (Lc 1, 35). María sólo da una respuesta: *“¡He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra!”* (Lc 1, 38). No se preocupa de su reputación ni de las críticas que podrían venirle encima. Su corazón está firme, su decisión es clara. Su único deseo - que ella ha sabido cultivar con su docilidad interior al Espíritu Santo - es decir *“sí”* a Dios en todo. Y cuando no alcanza a entender, como cuando su hijo se queda en Jerusalén sin saberlo sus padres para *“quedarse en la casa de su Padre”* María *“conserva todas estas cosas en su corazón”* (cf. Lc 2, 48-51).

María es el modelo del cristiano. Si está con nosotros y compartimos con Ella nuestra vida diaria, mediante la oración y la confianza, aprenderemos de Ella a dejarnos conducir por el Espíritu Santo y Él vendrá a decir *“sí”* entre nosotros. *“Sí”* a la voluntad de Dios discernida con los Hermanos en el marco de la Vida Fraterna hecha de atenciones para con los demás en medio de la alegría y de la oración. *“Sí”* a la voluntad de Dios expresada por los superiores.

Gracias al Espíritu Santo que ha podido tomar posesión de Ella, María se ve plenamente libre de cualquier rechazo y de encerrarse en sí misma. Nunca buscó lo que le agradaba para contraponerlo a lo que complacía a los demás. Su decisión está clara: decir *“sí”* a lo que el Espíritu le pide. Es el *“sí”* del Espíritu que brota en Ella en cualquier circunstancia. Es, en definitiva,

la alegría del Espíritu la que le inunda permanentemente, incluso en medio del sufrimiento o de las pruebas.

En Caná, María nos da también una lección sobre la autoridad. En todo el Nuevo Testamento, lo único que nos dice es *“Haced lo que Él os diga”*. (Jn 2, 5) De repente, María, se convierte en *“autoridad”* por su dulzura, perseverancia y la claridad de su discernimiento. Sus palabras no encuentran opositor; María es una delicada pero sólida invitación a hacer lo que Jesús pida. Es una llamada a obedecer al Señor. Es el soplo del Espíritu por el que se expresa la palabra fecunda de Jesús. Misterio de la unión fundamental de María y de Jesús en el Espíritu Santo. A nosotros nos toca descubrir lo que allí está en juego. Nos toca no oponer el rechazo de la pereza, del egoísmo o del orgullo, al Amor que nos trae la vida en abundancia. La respuesta de los sirvientes a una orden que podía parecerles absurda, - lo de llenar de agua las barricas, cuando lo que falta es vino, - es lo que abre a una fecundidad desbordante. La obediencia que, a veces, puede parecernos absurda siempre se ve coronada por frutos abundantes. Todos los santos lo han vivido de esta forma. Al escuchar a María hablarnos en secreto, amándola como a una madre a la que se reza cada día, acogemos el servicio de la autoridad como una maravillosa gracia de caridad fraterna.

En Pentecostés, está con los Apóstoles a los que ha preparado para acoger al Espíritu Santo. Donde está presente la Iglesia, allí encontramos a María. Donde está María, allí está el Espíritu Santo. María enseña a la Iglesia la docilidad al Espíritu Santo. Cada día nos educa en este caminar humilde y atento por el camino de nuestra vida, escuchando su palabra, haciendo lo que el Señor nos pide que hagamos a través de la fidelidad a

nuestras Constituciones y a las propuestas de nuestros Superiores.

Así que, con Juan, debemos acoger a María en nuestra casa. Con él, nos convertiremos en hijos de María. Ella nos concederá la gracia del abandono en los brazos de la Providencia. Nos ayudará a pronunciar el “*Sí*” cuando la obediencia se nos haga difícil de entender y de vivir. Si vivimos junto a María, tendremos la fuerza de acompañarla hasta la cruz, como el apóstol Juan. Por el contrario, si tenemos la pretensión de Pedro: “*¡Aunque todos te abandonen, yo no te dejaré!*”, corremos el riesgo de caer y de decir “*No*” cuando llegue la prueba.

María quiere enseñarnos la obediencia gozosa de la vida cotidiana, en las cosas grandes y en las pequeñas, la obediencia del corazón y de la inteligencia que siempre dice “*Sí*” o *jencantado!* como nos invitaba Romano Guardini³³. Su ayuda es importante para nosotros. Nos da una gran fuerza para ser misioneros celosos y ardientes. Así que debemos abrir nuestro corazón para que ella venga a moldearlo a imagen de su Hijo. Conocemos la intuición de Luis M^a Grignon de Montfort expresada en el “*Tratado de la verdadera devoción*” en donde propone a los que quieran imitar a Cristo que consagren su vida a su Madre. Para él, obedecer a María es el camino más seguro para “*lo que Él nos diga*” con una obediencia gozosa y total.

Que el Señor nos conceda dirigirnos a María con un corazón filial, abandonándonos en sus brazos. Nuestra Madre del Cielo se pondrá a nuestro servicio, velará sobre nosotros y nos hará avanzar por el camino de la docilidad gozosa a la voluntad de Dios:

³³ Cf. p. 29

***“Te elijo hoy, oh María, ...
por mi Reina y Madre.
Te entrego y consagro
con toda sumisión y amor,
mi cuerpo y mi alma,
mis bienes interiores y exteriores, ...
Te cedo el completo y pleno derecho
de disponer de mí
y de todo lo que me pertenece,
sin excepción alguna, según te plazca,
para la mayor gloria de Dios,
en el tiempo y en la eternidad. Amén”***

Hermano Yannick Houssay, s. g.

Roma, 8 de septiembre de 2015.

En la festividad de la Natividad de la Virgen María
y del aniversario del nacimiento de Juan M^a de la Mennais.